



unánimes

Estudios bíblicos

O: Carta a los Romanos

10.- Justificación y reconciliación

Para comentarios y dudas: www.unanimes.org/foro/
27/01/2018



unánimes

Estudios Bíblicos

O.10.- Justificación y reconciliación

1. El texto

Romanos 5:1-11

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira, porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.

2. Introducción

Bajo el título general “La justificación por la fe”, Pablo ha demostrado que esta justificación es necesaria y real, de acuerdo a todo lo expuesto en los capítulos del 1 al 3, y a la vez bíblica, de acuerdo al capítulo 4. En los capítulos subsiguientes (5–8) él demuestra que también es efectiva y fructífera.

Es claro que en el pensamiento de Pablo los capítulos 5, 6, 7 y 8 forman una unidad. Los frutos de la justificación son expuestos en todos ellos. Además, en su último versículo cada uno de estos cuatro capítulos contiene la frase “por medio de (o en) Jesucristo (o Cristo Jesús) nuestro Señor”.

La clase de frutos varían de capítulo en capítulo. Aquí, en 5:1–11, la atención del oyente o lector es enfocada primeramente en la paz y la reconciliación. En relación con ambas se hace mención también de la libertad de acceso, el regocijo y la esperanza, una esperanza que está firmemente anclada y es igual a certeza con respecto a la salvación.

3. La paz con Dios lograda por Jesús

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios

El apóstol ha alcanzado una nueva fase en la exposición de justificación por la fe. Él ahora simplemente da por sentado que él mismo, y los destinatarios, han recibido y disfrutan de este maravilloso don. Es desde este hecho, tomado como punto de partida, que la exposición ahora procede.

Las diversas unidades que componen los primeros versículos de este texto pueden ser agrupadas como siguen:

a. *“Justificados, pues, por la fe,...”*

Las razones implícitas en este “justificados pues” se encuentran en los primeros cuatro capítulos de la carta a Romanos especialmente en los capítulos 3 y 4 que ya estudiamos.

b. *“... tenemos paz para con Dios...”*

El significado básico de la paz es la reconciliación con Dios por medio de la muerte de su Hijo. Esto comprende la remoción de la ira divina que pesaba sobre el pecador y la restauración de este último al favor divino.

El hecho que la paz objetiva aparece aquí en primer plano no significa, sin embargo, que el goce subjetivo de esta gran bendición esté ausente de la mente de Pablo. ¿Cómo podría él pensar en la causa sin considerar el efecto, a saber, la condición de descanso y contentamiento presente en los corazones de los que saben que los pecados del pasado han sido perdonados, que los males del presente están siendo dirigidos para su bien y que los acontecimientos futuros no pueden causarnos separación del amor de Dios? La mención de esta “paz que sobrepasa todo entendimiento”, como él mismo lo cita en la carta a los Filipenses, hace que la transición al próximo punto sea muy natural.

c. *“... por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes...”*

Fue la sangre de Cristo, representando todo su sacrificio vicario, la que trajo la reconciliación y fue su Espíritu el que trajo a los corazones de todos los verdaderos creyentes el aprecio de lo que la redención por medio de la sangre había logrado. Así que ciertamente fue por medio de la persona y obra del Salvador, apropiada por la fe, que se efectuó el acceso a este estado de gracia—esto es, el estado de justificación. Además, el acceso a este estado de gracia implica un acceso confiado al Padre y a su trono de gracia.

Es “nuestro Señor (Dueño, Amo) Jesús (Salvador) Cristo (Ungido)” quien, habiendo pagado la deuda de su pueblo, los presenta al Padre. Es Él quien no solamente “intercede” por ellos sino que, cosa aún más significativa, “siempre vive para interceder” por ellos. Y si aún su intercesión por ellos durante su estadía en la tierra estaba llena de consuelo, ¿puede su ruego por ellos, ahora que Él ha regresado al cielo, investido con los méritos de su cumplida redención, ser menos precioso y efectivo?

d. “... y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios”.

Esta “gloria de Dios” indica la maravillosa salvación que Dios tiene reservada para los que ponen su confianza en Él. Sin duda lo que Pablo tiene en mente es: “Nosotros no nos jactamos de nuestros propios logros, como lo hace cierta gente que se considera justa, sino que colocamos toda nuestra confianza en Dios. En Él nos regocijamos grandemente”.

En realidad, el apóstol no dice: “Nos regocijamos en la gloria de Dios”, sino: “Nos regocijamos en la esperanza de la gloria de Dios”. El significado probable es: “Nos regocijamos grandemente cuando consideramos la sólida base que tiene la expectativa de la bienaventuranza futura”. En principio tenemos esta bienaventuranza aquí y ahora; en perfección, al regreso de Cristo.

Pablo continúa:

4. El proceso de la esperanza

Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza;

Aquí “en las tribulaciones” significa “en medio de y por causa de” las tribulaciones que experimentamos en la ejecución de la obra del Señor. ¿Pero cómo era posible que el apóstol se regocijase en sus sufrimientos? ¿Cómo puede el sufrimiento—que aquí probablemente se refiera especialmente a la tribulación por amor a Cristo y al evangelio—ser considerado una bendición?

En relación con esto se deben tener en consideración dos hechos:

- a. La propia debilidad de un creyente afligido sirve, a modo de contraste, para magnificar el poder de Dios.
- b. Es exactamente cuando el afligido reconoce su debilidad, pero también que Dios es fuerte y está presto a ayudar, que buscará el auxilio de lo alto. Ya que esta ayuda es suficiente, su fe será fortalecida. Es así que el sufrimiento trae perseverancia.

Aunque es cierto que la perseverancia (fuerza para soportar, más la persistente aplicación de esta fuerza) es en lo esencial el resultado de la operación del Espíritu Santo en los corazones y vidas de los hijos de Dios, ella implica la acción humana. No es de ningún modo una cualidad pasiva. La persona que la tiene persevera. Se aferra a lo que tiene, es fiel hasta la muerte. La perseverancia produce carácter probado, esto es, el carácter que ha soportado la prueba a la cual fue sujeto.

Con respecto a esta “*la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza*”, veamos unos textos del Antiguo Testamento:

Zacarías 13:9:

... lo fundiré como se funde la plata, lo probaré como se prueba el oro.

Él invocará mi nombre, y yo lo oiré. Yo diré: “Pueblo mío”. Él dirá: “Jehová es mi Dios”.

Malaquías 3:2-3

...Porque él es como fuego purificador y como jabón de lavadores.

Él se sentará para afinar y limpiar la plata: limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata...

Así como el fuego refinador del orfebre libra al oro y a la plata de las impurezas que en su estado natural se apegan a ellas, del mismo modo la resistencia paciente o perseverancia de los hijos de Dios los purifica, esto es, por la operación del Espíritu Santo produce un carácter “probado” un carácter que ha soportado exitosamente la prueba de fuego.

Es inmediatamente evidente que el conocimiento de parte de ellos de haber superado la prueba, de manera que la aprobación de Dios descansa sobre ellos, fortalecerá su esperanza. El carácter probado trae esperanza. Así en este ejemplo de razonamiento en cadena regresamos a la esperanza mencionada en el versículo 2.

5. La fe, la esperanza y el amor

...y la esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado.

Notemos esta magistral transición de la fe a la esperanza y de esta al amor. Esta es la secuencia que también hallamos encontramos en el famoso capítulo 13 de la primera carta a los Corintios, el famoso capítulo del amor:

1 Corintios 13:13

Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.

Hay gente sin esperanza. También hay quienes se aferran a esperanzas ilusorias o engañosas. Pero los que han sido justificados por la fe y reconciliados con Dios disfrutan de la clase de esperanza que no decepciona. Su esperanza está firmemente anclada en el amor redentor de Dios.

Otro modo de expresar el mismo pensamiento es este: su fe está aferrada al trono de gracia, esto es, a lo que está “dentro del velo” donde Jesús está sentado a la diestra de Dios. Él vive para siempre para interceder por su pueblo.

Además, el amor de Dios no se raciona con cuentagotas. Por el contrario, por medio del Espíritu Santo ese amor es “derramado” en los corazones de los redimidos; en otras palabras, es provisto libre, abundante, copiosa y profusamente, lo que es cierto de todos los dones de Dios en general. De hecho, el Espíritu Santo, que es el Dispensador de los dones de Dios, es también Él mismo el don de Dios a la iglesia. Así lo dijo Jesús en la última cena:

Juan 14:16-17, 16:7

Y yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce; pero vosotros lo conocéis, porque vive con vosotros y estará en vosotros.

Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré...

En contraposición a la opinión de algunos, debería enfatizarse que la expresión “el amor de Dios” no puede significar “nuestro amor por Dios”. ¿Cómo podría un amor tan completamente inadecuado ser la base de una esperanza que no decepciona? La referencia apunta claramente al propio amor de Dios.

En suma, todo este texto arroja luz sobre el glorioso carácter de la justificación por la fe. Esta acción divina, por la cual el pecador encuentra refugio en Dios y es declarado justo, es frecuentemente comparada con lo que sucede en una corte. Por ello ha sido llamada una “acción forense”. Sin duda es eso, pero si se considera su sentido más completo, es mucho más que eso. Notemos el siguiente contraste:

El juez terrenal

- a. al hallar al acusado “inocente”, lo absuelve; o si lo encuentra culpable lo sentencia.
- b. lo despide de la sala de tribunal y no tiene ningún trato posterior con él.

Dios como juez

- a. al hallar al acusado culpable—cosa que siempre sucede— borra su culpa en base a la obra cumplida por el Hijo de Dios, el Portador de Culpa.
- b. por medio del Espíritu Santo derrama Su amor en su corazón, y lo adopta como hija o

hijo propio.

Pero la comparación debe ser llevada un paso más allá, ya que aún la adopción humana no es en realidad una ilustración adecuada de la adopción divina. En la adopción humana los padres desearían transmitir algo de su propio carácter o espíritu al niño adoptado. A veces esto sucede hasta cierto punto; otras veces nada de ello sucede. Pero cuando Dios adopta, Él también planta su propio Espíritu en el corazón del adoptado, transformándole a él o ella en su propia imagen, como más adelante en la carta nos lo explicará el apóstol.

6. El gran amor de Dios

Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos. Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguien tuviera el valor de morir por el bueno. Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.

En este pasaje Pablo afirma la razón por la cual él dice que Dios derramó su amor en los corazones de los pecadores. Él nos dice que estaba justificado en hacer esta afirmación que “cuando éramos aún débiles”, o sea, desvalidos, totalmente incapaces de rescatarnos a nosotros mismos de los efectos de la caída, Cristo, motivado por amor soberano y no por mérito o logro humano alguno, murió por nosotros, los impíos.

El carácter absolutamente único de este amor se hace evidente cuando consideramos que en tanto que por una persona justa a duras penas alguien esté dispuesto a morir—aunque, como rara excepción podría darse el caso de que por una persona buena alguien se atreviera a morir—Dios, por el contrario, demuestra su propio amor de este modo tan maravilloso, a saber, que cuando nosotros estábamos todavía en nuestro estado de invalidez y pecado, Cristo murió por nosotros.

En relación con esta explicación notemos lo siguiente:

- a. Los “impíos” del versículo 6 son los “pecadores” del versículo 8, a saber, aquellos pecadores por quienes Cristo murió, los “amados de Dios, santos” mencionados en el capítulo 1.
- b. La distinción entre “un justo” y “uno bueno” no debe ser forzada, como si el apóstol estuviese diciendo que por una persona meramente “justa” sería casi imposible encontrar a alguien que muriera, en tanto que por una persona “buena”, o benefactora, sería posible, bajo condiciones excepcionales, encontrar un sustituto que estuviera dispuesto a ofrecer su propia vida. Esto es sobre interpretar. Debemos adherirnos al punto básico que Pablo está tratando de enfatizar y no oscurecer su pensamiento introduciendo dis-

tinciones injustificadas.

- c. Lo que Pablo está diciendo es que el amor de Dios, como es revelado en Jesucristo, no tiene ni precedente ni paralelo. Ningún mérito de parte nuestra podría haber movido a Cristo a morir por nosotros, porque Él murió por nosotros “cuando éramos todavía pecadores”. Además, Él murió por nosotros “en el tiempo señalado”, esto es, en el tiempo fijado por Dios, no por nosotros.

Esta muerte no tenía paralelo en lo referente a la maravilla de la gracia condescendiente y perdonadora. ¡Cristo murió por los que eran malos, malos, malos! No había en ellos bondad que pudiera haber atraído su amor. En la muerte de Jesús por los pecadores Dios demuestra su “propio amor” soberano.

- d. Notemos las palabras “*Pero Dios muestra*”, en tiempo presente. Aunque es cierto que para Pablo, tanto en el tiempo de escribir esta carta como para nosotros hoy en día, la muerte de Cristo era un acontecimiento que había ocurrido en el pasado, su lección continúa siendo una realidad siempre presente y gloriosa.

7. Los creyentes seremos salvos

Con mucha más razón, habiendo sido ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira, porque, si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.

La relación entre este texto y el contexto que lo precede inmediatamente es el siguiente: No nos veremos decepcionados en nuestra esperanza, ya que en Cristo, Dios nos ama tan profundamente que el Salvador murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. Entonces, si fuimos justificados por esa muerte—o esa sangre—de Cristo, tanto más seremos salvados de cualquier derramamiento futuro de la ira de Dios.

Y ahora los detalles:

Los versículos 9 y 10 corren en forma paralela. El primero tiene que ver con nuestra situación legal ante Dios; el segundo, con nuestra relación personal para con Él. Cada una de las dos afirmaciones viene en la forma de un argumento a fortiori (Son argumentos por comparación o analogía donde se concluye en un ejemplo mayor a partir de uno menor): si Dios hizo lo mayor, ¿no hará aún más prestamente lo menor?

- a. “*justificados en su sangre*”

Las demandas de la justicia de Dios deben ser satisfechas. Aquí en este texto, como en el capítulo 3, la relación entre la justificación y la muerte de Cristo es indicada: nuestra justificación requería la muerte eterna (no en tiempo pero sí en calidad) de Cristo. La

sangre apunta al sacrificio, a la ofrenda.

b. *“por él seremos salvos de la ira,”*

El rescate de esta ira, por medio de la obra mediadora de Cristo, y en consecuencia por Cristo mismo, se refiere a que no hemos de sufrir el derramamiento de la venganza divina en el día del juicio final.

d. *“... porque, si siendo enemigos...”*

La palabra enemigos debe ser entendida en el sentido pasivo: considerados así por Dios, puesto que hasta ese momento no habíamos sido reconciliados con él.

e. *“... fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”.*

Creyentes son aquellos que, por la gracia de Dios, han obtenido una posición de justicia en relación con la santa ley de Dios, en otras palabras, han sido justificados. La ley de Dios ya no los condena. Pero no sólo esto es cierto. Lo que ahora se añade es que Dios también los ama. Su corazón está bien predispuesto para con ellos. El ha transformado en amigos a los enemigos.

Debe enfatizarse que la reconciliación—tanto como la justificación—es un acto divino. Es Dios, no el hombre, quien efectúa la reconciliación, el cambio de la enemistad a la amistad.

Sin embargo, así como es cierto que la justificación requiere fe de parte del hombre—fe impartida y sostenida por Dios, ciertamente, pero de todos modos fe humana—del mismo modo la reconciliación requiere obediencia por parte del hombre. También aquí es cierto que tal obediencia es un don de Dios. La relación de Dios para con el hombre no es la misma que la del carpintero para con el trozo de madera al cual ha aplicado su destreza, ni se parece tampoco a la relación del ventrílocuo para con su muñeco.

Los predicadores corren peligro de volverse unilaterales, faltos de equilibrio. Tenemos aquellos que enfatizan la acción e iniciativa divinas a costa de la responsabilidad y acción humanas. Hay también los que hacen precisamente lo opuesto. La Escritura evita los dos extremos. El punto de vista correcto puede ser hallado en estos textos:

Filipenses 2:12-13

Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no solamente cuando estoy presente, sino mucho más ahora que estoy ausente, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.

2 Tesalonicenses 2:13

Pero nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad.

f. “... seremos salvos por su vida”

Es el Hijo de Dios resucitado, viviente y exaltado quien, por medio de su Espíritu, lleva hasta su cumplimiento en nuestros corazones y vidas la obra de la salvación.

8. La alegría del creyente

Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.

Teniendo en cuenta el contexto, el significado probablemente es: “no solamente seremos salvos, sino que ya ahora nos regocijamos”. Este concepto de gloriarse en Dios debido a bendiciones tanto presentes como futuras nos hace recordar las palabras de Pedro:

1 Pedro 1:6-8

Por lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual, aunque perecedero, se prueba con fuego), sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo. Vosotros, que lo amáis sin haberlo visto, creyendo en él aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso...

No todos los tipos de gloria o jactancia pueden ser recomendables. Como Pablo había dicho en el capítulo 2 a los judíos, ellos se jactaban o alardeaban del hecho que, a diferencia de todas las otras naciones, poseían la santa ley de Dios. Esa era una jactancia inconveniente, como bien lo apuntó el apóstol. En la iglesia de Corinto había personas que hacían alarde de ciertos líderes cristianos y de dones o logros especiales. Y en su carta a los Gálatas Pablo se refiere a personas que alardeaban respecto al número de gentiles que habían “convertido”.

¿Tiene esto resonancias de actualidad? Muchísima. Nadie debe jactarse o gloriarse del servicio a Dios. Las iglesias que tienen muchos feligreses no son mejores que las que tienen pocos. Dios llama, elige y coloca en comunidades a los creyentes, sean grandes o pequeñas. Aquí no queda espacio alguno para la jactancia o menos para la envidia. Ningún líder debe jactarse como si fuera superior. Recordemos la parábola que cuenta el Señor sobre el publicano y el fariseo:

Lucas 18:9-14

A unos que confiaban en sí mismos como justos y menospreciaban a los otros, dijo también esta parábola: «Dos hombres subieron al Templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres: ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, diezmo de todo lo que gano”. Pero el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Os digo que este descendió a su casa justificado antes que el otro, porque cualquiera que se enaltece será humillado y el que se humilla será enaltecido».

Frente a todo este pecaminoso saltar de alegría, Pablo informa a los romanos: “nosotros nos gloriamos en Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Y lo cierto es que si al hablar de los benditos resultados de la labor cristiana, uno constantemente enfoca su atención en Jesucristo, el Siervo Elegido de Dios, que era completamente lo opuesto de la persona jactanciosa y deriva todo su poder de Él, todo andrà bien.

Este es Aquel, dice Pablo, “por quien ya hemos recibido nuestra reconciliación”. Para los que, en fe y humildad, saltan de alegría cuando consideran las bendiciones que ya han recibido, hay todavía bendiciones más gloriosas que les esperan en la vida futura.

No sorprende que, en relación con las bendiciones recibidas por medio de Jesucristo, Pablo pueda decir, como le dijo a los corintios: “El que se gloría, gloriése en el Señor”.